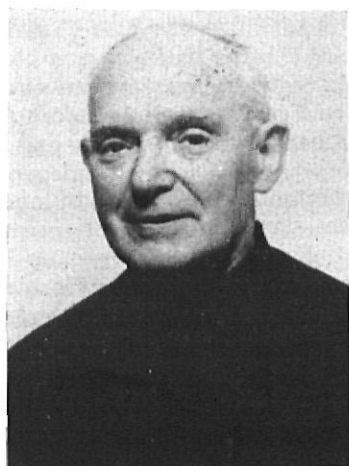


Los que encontré en el camino



Mossén

Bartomeu
Barceló

per CAMIL GEIS, prev.

El día 11 de febrero de hogaño, en la Residencia que los Padres de la Misión de San Vicente de Paúl tienen en Barcelona, en la calle de Provenza, moría, a la edad de 84 años, aquel polifacético, inquieto y celoso sacerdote llamado Mossèn Bartomeu Barceló, conocido también por el «Pare Barceló», otrora muy relacionado con las tierras gerundenses.

Mn. Bartomeu Barceló i Tortellà había nacido en Felanitx el día 4 de octubre de 1888.

Muy joven, ingresó en la Congregación de San Vicente de Paúl. Cursó Teología bajo la dirección del docto profesor, hoy todavía viviente, Padre David Bartolomé. Fue ordenado sacerdote en 1913.

En 1914, fue destinado a la Misión de Puno (Perú). Allí, en la lejanía de los Andes, se encontró con su ex profesor, el Padre arriba citado. Ambos trabajaron juntos en aquella Misión. Me decía el Padre Bartolomé —a quien yo conocí en la «Clínica del Remei», de Tarrassa, en la habitación ocupada por Mn. Barceló gravemente enfermo, pocos días antes de morir— que nuestro biografiado había trabajado como profesor en aquella Misión con un celo y un entusiasmo extraordinarios. «Le decíamos —contaba el P. Bartolomé— que nos escribiera un discurso o una poesía para ser recitados en una determinada fiesta del Colegio de la Misión, y comparecía, al cabo de poco, con dos o tres: podías escoger». Mucho había escrito en su estancia en el Perú —naturalmente, en castellano—, pero, de toda esta lejana y primera etapa de su vida literaria, no conservaba nada: todo había quedado sepultado en el regazo de los Andes.

* * *

Conocí a Mn. Barceló en el año 1925. En las tradicionales Cuarenta Horas de Semana Santa de Gerona, él subió al púlpito de la Catedral a predicar en la Hora Santa celebrada a cargo de la «Confraría de Sant Jordi». Yo, todavía seminarista, estaba presente en aquel acto religioso. Al silencio de la noche, en aquellas alturas catedralicias de nuestro primer templo, lejos del «mundanal ruido» de las calles bajas de la ciudad, se unía un silencio religioso, casi diríase sagrado. La voz sonora, cálida e inspirada del joven orador subrayaba todavía más aquel doblado silencio, enmarcado por la gigantesca bóveda de nuestra altiva Catedral. El orador sagrado era, a la sazón, profesor en el Colegio de los Padres Paules de Figueras. El joven predicador venía precedido de una fama de orador elocuente y —hoy diríamos— «comprometido». No es ningún tópico afirmar que la Catedral estaba atestada de fieles. El orador era un «comprometido» a románticos ideales —si queréis— no a movimientos perseguidores de utópicos «paraísos terrenales», como coletean en nuestro ho-

dierno mundo eclesial. Algunas frases, pronunciadas con énfasis centelleante, acarrearón al joven predicador serios disgustos. Por el impacto que produjeron en mi tierna juventud, recuerdo, como si las estuviera oyendo, estas frases con qué el orador glosaba la pasión de Cristo, sacadas de las lecciones de la Historia. Hoy se nos antojarían «frases inocentes». (¡Lo que puede la erosión del tiempo!). Ignoro, en sus pormenores, lo que sucedió después de dicho sermón. Si bien, más tarde, al entablar relación con Mn. Barceló, nos habíamos referido, alguna vez, a aquella noche, nunca habían sido establecidos los hechos en detalle. Yo sólo sé que dejó su residencia de Figueras y la fijó en Perpinyà, donde Mr. Juli Carselade, gran amigo de los catalanes —él, obispo de una diócesis de la Cataluña francesa— le adscribió a su Obispado y aprovechó las múltiples cualidades del culto y celoso sacerdote en el vasto campo de apostolado de su diócesis, ora como profesor en algún colegio, ora como predicador donde quiera que se le solicitara.

* * *

Allá por los años 30 —también ignoro los pormenores de su vuelta— dejaba la diócesis de Perpinyà y se reintegraba a la de Gerona.

Pasó a residir en San Feliu de Guíxols, para ejercer el cargo de Capellán de la naciente urbanización de S'Agaró.

Fue en esta época que yo trabé relación y amistad con Mn. Barceló.

Como que la Capellanía de S'Agaró le dejaba mucho tiempo libre para otros quehaceres ministeriales, se dedicó a la predicación, acá y acullá, y fue requerido para subir a muchos púlpitos en diversas diócesis, principalmente en las de Gerona y Barcelona.

Recuerdo, singularmente, un Septenario de la Virgen de los Dolores, predicado en San Félix, de Sabadell, y unas Siete Palabras, predicadas, un Viernes Santo, en la Purísima Concepción, de la misma ciudad. Elocuentes sermones, en unos templos rebosantes de fieles.

Durante su estancia en San Feliu de Guíxols, dirigió una página literaria en el semanario «Costa Brava», con el título de «Finestra Esbatanada». Sus artículos editoriales, que reflejaban una vasta educación, iban firmados —recordemos de era un fervoroso lulista— con el seudónimo de «Félix de les Meravelles». Las poesías las firmaba.

En el año 1936 —debía ser en una de las últimas ediciones, ya que dejó de publicarse al estallar la guerra civil— publicada en «Costa Brava» unas excelentes traducciones de algunas «Rimas» de Bécquer, dedicadas —escribía él— al «eminent bécqueriòfil Dr. J. Aguilar, Director de l'Institut de Sant Feliu de Guíxols». Muchos años después, en 1970, año centenario de Gus-

tavo Bécquer, la revista «Solc», de Martorell, reproducía dichas traducciones, acompañadas de un artículo mío dedicado a comentarlas.

* * *

La persecución religiosa de la revolución estallada en 1936, echó a Mn. Barceló de San Feliu de Guíxols, y buscó, otra vez, refugio en Perpinyà, donde había dejado tantas y tan buenas amistades. El obispo de la Diócesis, Mr. Bernard, le acogió con la misma paternal benevolencia con la que había acogido, años atrás, su antecesor Mr. Carselode. Allí nos vimos un día en un viaje que yo hice a Perpinyà desde Lyon, donde tenía, a la sazón, mi residencia.

Durante sus dos largas épocas de actuación sacerdotal en Francia, Mn. Barceló colaboró en diversas publicaciones del vecino país. Recordamos: «La Croix», de París, «L'Independent», de Perpinyà, «Tramontane», revista bilingüe —catalán y francés—, publicada en esta misma capital del Roselló... En los «Jocs Florals de la Ginesta d'Or» —los tradicionales Juegos Florales del Roselló a los cuales concurre asiduamente— fue proclamado «Mestre en Gai Saber». Las composiciones que le valieron este título figuran en los números antológicos que cada año «Tramontane» dedicaba a reseñar la fiesta de los Juegos Florales.

* * *

A su repatriación, acabada la guerra, nuestro biografiado empezó a conocer un lento declive de su popularidad como «predicador de cartel», y —con gran espíritu sacerdotal— fue aceptando alegremente un progresivo ostracismo de sacerdote oscuro, innominado... Desempeñó cargos de humilde apostolado donde se le requirió: en Felanitx, su misma villa natal, dedicado al ministerio sacerdotal en la Vicaría de Son Valls y Aubocasser. Le encontramos después en Esplugues de Llobregat, como capellán de una Comunidad de Religiosas. Vuelve después a Felanitx, a regentar el cargo de capellán del santuario de «Sant Salvador». Nos encontramos después con él en Sabadell, donde viene a ejercer el cargo de capellán de la Casa de Caridad. Finalmente, le vemos en Tarrassa, como capellán de la Ciudad Sanatorial, donde acabó sus últimos años de acción sacerdotal.

A pesar de su azarosa vida de misionero itinerante, Mn. Barceló no se consideró nunca desvinculado de la Congregación de San Vicente de Paúl. Todavía, poco antes de morir, renovó sus votos en ella, y en su seno expiró.

Un año antes de su muerte, con unos amigos de ambos, le había visitado en la Ciudad Sanatorial de Tarrassa, donde pasaba sus últimos

años entre enfermos. Al salir de la visita —él, optimista como siempre; nosotros, un poco acongojados por su «soledad entre muchos»— decía yo a mis compañeros, remedando una conocida frase: «¡Qué solos se quedan los viejos!». Porque, año tras año, se le habían ido reduciendo sus amistades ¡tantas como había tenido! Pero en su ostracismo, también encontró amigos que le comprendieron y no le abandonaron ni en su postrer enfermedad. Es de justicia recordar a Ramón Alzamora —él, también poeta— e Isidro Vives, con sus respectivas familias, de cuya solitud por el enfermo soy testigo de excepción.

Mn. Barceló supo ser viejo entre viejos y enfermo entre enfermos: dos especialidades nada fáciles. Viejo simpático y optimista, con una perfecta lucidez hasta sus últimas horas. Enfermo que aceptó con cristiana resignación los dolores de la grave enfermedad y recibió con serenidad la llegada de la muerte.

Mi relación con Mn. Barceló —ya epistolar, ya personal— ha durado desde su estancia en San Feliu de Guíxols hasta su muerte. Entre las varias ofrendas poéticas, con qué me obsequió en momentos cruciales de mi vida, son dignas de mención dos sentidas poesías: una, en ocasión de mis Bodas de Plata Sacerdotales, otra, dedicada a la muerte de mi madre. ¿Cómo no recordarlas?

La Comunidad de Padres Paúles de Barcelona le despidió con unas solemnes exequias. Los buenos Padres, conocedores de la antigua y perdurable amistad que me unía al finado, me depusieron el honor de presidir la concelebración que, «corpore presente», hizo la Comunidad. Una Misa cantada, con interludios de órgano. Al Ofertorio fue cantado un «Requiem», de Perosi, que el difunto había cantado en sus mejores tiempos. Porque él también músico, con «pocas solfas», pero dotado de muy buen gusto y de una voz muy bien timbrada, que daba especial realce a sus sermones. (Gracias a Dios no tuvimos que soportar ninguna de las «sandeces» literario-musicales —el calificativo es de Halffter— que hoy proliferan en nuestros «pacientes» templos. (Esto, para que quede constancia de una excepción —entre algunas otras gracias a Dios— en esta época de confusión).

La magnificencia del ambiente ungió de una especial emoción mis palabras homiléticas. Evoqué su espíritu encuadrado entre dos figuras señeras de la Iglesia: el beato Ramón Llull y San Vicente de Paúl. Fervoroso lulista, como su ilustre coterráneo, fue un inquieto itinerante; hijo espiritual de San Vicente de Paúl, nuestro biografiado, que conoció tanta gente de alto copete, no hizo ninguna discriminación entre gentes ricas y pobres, ni entre sabios e ignorantes, y asistió a viejos y enfermos con singular cariño.

A todo esto cabe añadir su franciscanismo revelado en su poesía, rebosante de amor a todo lo salido de la mano de Dios.

* * *

Hablemos de su obra literaria. Empecemos por la que no ha quedado más que en el recuerdo de los que le cimos en el púlpito.

¿Era orador? Uno de los más brillantes que yo he conocido. Palabra densa de doctrina, centelleante de expresión, lírica de forma, personal, muy personal. El orador iba siempre impulsado por el poeta, no con tópicos retóricos, sino con imágenes originales. Creo que en esta época, tan poco amante de la oratoria sagrada de alto estilo, la suya, todavía sería escuchada con interés y con provecho. ¡Que ya es decir!

¿Articulista? De agilísima pluma, en cuyo manejo intervenían el orador, el poeta y el erudito.

¿Poeta? Más que muchos de gran prestigio publicitario. Era poeta todas las horas del día.

Vamos a hacer un poco de exégesis de su producción poética.

Sacerdote de vida azarosa e itinerante, parece que su poesía hubiera de ser triste y doliente como —o todavía más— la de muchos poetas «burgueses» que sólo han conocido la vida muelle. Y no fue así.

Poeta difícil de catalogar: personal, personalísimo. Cualquiera composición suya no firmada, la identificaríamos en seguida.

Poeta tan dotado y tan culto habría podido eclipsar a muchos astros de primera magnitud. Pero le faltaba algo: le faltó una contención, una represión de la gran facilidad, no ya tan sólo en la versificación, sino también en la abundancia de ideas y de imágenes que pugnaban por salir de su pluma. Tal vez esto le era muy difícil y enojoso, debido a su temperamento de hombre apasionado, desbordante, extrovertido... Quien sabe si también se oponía a ello su vida semi-transhumante: me lo imagino escribiendo sobre una maleta, a punto de levantar la tienda. Era una especie de heredero del espíritu de los antiguos trovadores. Hasta sus formas métricas nos hacen pensar en ello. No en vano tuvo mucha relación con el «Felibrige» de Provenza.

Pasaba del intimismo a las más altas especulaciones, del lirismo a la épica —o las dos cosas conjugadas—, de la evocación religiosa al descriptivismo patriótico, de la genialidad al vuelo a ras de tierra, del cientismo al pintoresquismo. Pero, hasta los prosaísmos salidos de su pluma estaban dotados de una indecible gracia. Para él, de la anécdota a la categoría no había más que un paso. Incluso en él, ambas, a veces, se confundían. Desigual, pero siempre interesante, siempre original.

Como hemos insinuado antes, su poesía era optimista, exultante, fiel reflejo de su temperamento. Nada de depresión ni angustia —sino optimismo cristiano, sacerdotal— y no porque no hubiera conocido la incompreensión y la injusticia en su propia persona: primero, un destierro, después una prscripción. En 1936, en los primeros días de la revolución, él, tan demócrata, tan

abierto a todas las corrientes políticas y sociales, fue condenado a trabajos forzados por los que se proclamaban paladines de la libertad. Nos consta que hasta sabía propagar sano optimismo entre sus pobres compañeros de condena, algunos de ellos procedentes de bajos fondos. Algunos de los dirigentes moderados y comprensivos de la revolución le facilitaron una «legal» evasión hacia la frontera francesa.

No, nada de rencor, nada de odio, nada de protesta en su poesía. Campea en ella el elogio, el ditirambo, la alabanza. Si como muy bien ha dicho Paul Claudel, la alabanza es, tal vez, el principal motor de la poesía, en la producción poética de Mn. Barceló, el «tal vez» no cuenta. Que se tratara de intimismo, amistad, paisaje, hagiografía... todo, absolutamente todo, suscitaba en él, la alabanza, la glorificación. Era un maravillado de todo lo que veía, de todo lo que encontraba a su paso. Su espíritu se elevaba por encima del mal y de la doblez humana, así que se trataba de poetizar: era su gran evasión.

Sí, la poesía de Mn. Barceló no fue nunca deprimente, antes bien, fue siempre reconfortante.

La traducción de unas rimas de Bécquer, de las cuales hemos hablado anteriormente, podrían inducirnos a catalogarlo entre los románticos. Todo hace creer que estas traducciones fueron una ofrenda de amistad al «eminente bécqueriófilo» —es frase del traductor— a quien las dedicó.

Yo calificaría su numen, más bien, de «vitalista»: un vitalismo que buscaba en el pasado fuerzas energéticas para el presente y para el futuro; un vitalismo ungido de espíritu sacerdotal, que no desprecia la tradición, antes bien, cree en su continuidad evolutiva.

Poesía en «función misional», no estrictamente moralizante, antes bien, sensibilizante. Por algo, muchas veces, añadió a su firma el remolque de «Missioner de la Santa Poesía».

Poeta culto, no culterano; popular, pero no vulgar, si bien, muchas veces descuidado y poco amigo de retoques.

A veces el orador desbordante y el conversador locuaz invadían el área del poeta, en perjuicio de la contención verbal del lírico.

¿Cerebral? A veces, para el gran público —a pesar de su popularismo de dicción— podía resultar oscuro. Pero no se trataba de una oscuridad «cultivada», muy de moda en algunos cenáculos de sus buenos tiempos: más bien era producto de una profusión de sobreentendidos, hijos de una vasta cultura y de unas vivencias personales no fácilmente captables. ¡Había leído tanto, había «vivido» tanto y había tratado tantos hombres de todas las clases sociales y de todas las ideologías en sus múltiples y variadas rutas!

También, a veces, le hacían oscuro sus personales syntaxis e hipérbaton, hijos de su cultura humanística y de su incontenible espontaneidad en graciosa fusión.

* * *

Leemos en una nota biográfica del «Diccionari Biogràfic», d'Albertí, que citamos textualmente: «Mn. Barceló és autor dels reculls **Primeres Poesies i Noves Poesies**». En ninguna de las muchas y variadas conversaciones que con él había sostenido, nunca había hecho alusión a estas juveniles publicaciones. Dudo de la originaria autenticidad de esta nota: mucho me temo que el redactor de esta nota haya confundido Mn. Bartomeu Barceló i Tortellá con Bartomeu Barceló i Guasp, también poeta y también mallorquín, pero no sacerdote, y que, por confusión, de dos Bartomeus Barceló haya hecho uno, ya que éste no figura en dicho «Diccionari», siendo como era lo suficiente notable para figurar en él.

Si realmente estos dos libros fuesen de Mn. Barceló, tendremos de hacer caso omiso de ellos, por inhallables, y habremos de atenernos a la producción posterior esparcida en publicaciones antológicas, en volúmenes de certámenes literarios y en otras publicaciones, amén de sus manuscritos inéditos.

Colaboró en las más variadas publicaciones de acá y acullá de aquende y allende los Pirineos y de Mallorca.

* * *

Decía al comienzo de este artículo que Mn. Barceló había estado otrora muy relacionado con las tierras gerundenses.

Repasando viejos volúmenes de Juegos Florales, le encontramos premiado reiteradamente en Gerona y Figueras.

De cada comarca por cuantas pasó, encontramos efusivas alusiones en su obra literaria. Y es que tenía un gran sentido de adaptabilidad y comprensión. Se identificaba en seguida con la tierra que acabada de conocer: con su paisaje, sus hombres, su historia, su arqueología, su folklore... Y al entrar en contacto con nuevas tierras y nuevos hombres, no olvidaba lo que había dejado en pos de sí: los amigos de ayer continuaban siendo sus amigos, y en la relación epistolar con ellos, no andaba nada perezoso.

De poemas y artículos alusivos a tierras y hombres gerundenses, salido de su pluma, se podría hacer una no pequeña antología.

Vamos a comentar algunas de las composiciones de esta índole.

En el poema «Aquella Creu de Vilabertran», evoca este tesoro, por motivos humanos y divinos doblemente venerable. Califica dicha cruz de «Pectoral de l'Empordà». De paso, evoca la figura del párroco Mn. Arturo Rovira que tanto empeño puso en la revalorización pública, en su parroquia, de dicho tesoro religioso-arqueológico. De este celoso párroco, víctima de la revolución de 1936, Mn. Barceló esboza un gracioso retrato:

...Mossèn Artur Rovira,
tan rialler i cara-rodó
(tot l'optimisme fet Rector).

Los que conocimos a Mn. Rovira (y todavía más los que le tratamos por vínculos de parentesco) sabemos lo parecido de este esbozo de retrato.

En el mismo poema, alude a Manuel Brunet, ampurdanés de adopción, como diligente ejecutor de los ensueños de Mn. Rovira en la dignificación y exposición pública de la admirable Cruz, una vez pasado el vendaval de la revolución. Y en un «Sonet votiu a la glòria de Manuel Brunet», le proclama «El Cavaller Gran Creu», y dice de él que fue «l'home en qui Vic amb l'Empordà empeltava», haciendo alusión a su origen ausetano.

En el poema «L'universal destí de l'Empordà», hace, sin nombrarlo, una clara alusión al poeta ampurdanés Carles Fages de Climent, cuando dice:

I tes Bruixes de Llers i el teu Sabater d'Ordis,
ja mites sublimats per cants de nou encuny.

Y en el mismo dice del Ampurdán: «Empordà d'ample pit», feliz expresión, tratándose de una comarca acostumbrada a respirar y aspirar tanta tramontana y, psicológicamente, tantos aires de libertad.

Y qué diríamos de aquel largo y ancho poema, dedicado a Mosén Gabriel García, el insigne músico fundador y director del añorado «Orfeo de Cassá de la Selva», en el cual nuestro poeta dice de éste: «Orfeu del Crist dignificant el Poble». En el mismo poema alude a una célebre sardana de Garreta para concierto con estas palabras:

¡Oh, veus d'or i escarlata!
Sardana de Garreta, gran Sonata!

El conocimiento de este poema representativo del quehacer poético de nuestro poeta (que sabía hacer una personal mescolanza de la anécdota con la categoría) lo debemos al ilustre compositor y musicólogo Francesc Civil que lo publicó en el periódico «Los Sitios» a raíz de la muerte de su autor, acompañado de un ditirámico artículo titulado «A la mort d'un gran Poeta».

Y son muchas las alusiones que encontramos a la misma Gerona-Ciudad, a sus hombres y a sus vetustas piedras cargadas de historia, en la obra literaria de Mn. Barceló.

Tiene un «Triptic de Girona», compuesto de tres sonetos, premiado en los «Jocs Florals de

Girona» de 1932, que podemos leer en el volumen conmemorativo de dicho certamen, que no podrían dejar de figurar en una antología de poemas de diversos autores dedicados a nuestra Ciudad. Con este inspirado terceto cierra el primer soneto titulado «Estampa»:

Oh, la Plaça del Vi! Oh, l'alta Seu!
Oh, carrerons com vies del Calvari
on branda amb llums i vestes Crist en Creu!

Delicioso es también el segundo soneto en qué evoca unas sardanas en la plazuela de Sant Pere de Galligans, bailadas en una fiesta de Sant Jordi, levemente lluviosa, que empieza con esta ágil cuarteta:

A Sant Pere de Galligans
queia un polsim de pluja fina.
(Que bé hi lligaves, Santa Espina,
lliga que lliga cors i mans!).

Y en el tercer soneto, «El Canonge i la Raça» evoca la figura representativa del Doctor Bargañá —el Senyor Canonge de Girona, por antonomasia— presente en todas las manifestaciones culturales de la época, ya por iniciativa propia, ya en representación de Prelados. Le evoca celebrando misa en Sant Martí del Canigó en la fiesta de la devolució, a aquel renaciente cenobio, de una campana —la célebre «Campana Martina»— que la Gran Revolución Francesa había echado de su campanario, y había venido a parar a Olot, donde permaneció largos años olvidada de su origen.

* * *

Al efecto que sintió, y demostró, a las tierras gerundenses, han correspondido ellas recordándole en la hora de los grandes recuerdos en la hora del traspaso. Caben destacar: una nota necrológica en «Los Sitios», de Gerona, y el ditirámico artículo del Maestro Civil en el mismo periódico, ya antes citado; unas efusivas evocaciones en dos revistas de Figueras, «El Ampurdán» y «Vida Parroquial» (en esta última publicación, nuestro biografiado era evocado con una aguda semblanza suya debida a la pluma del poeta Mn. Manuel Pont, previamente radiada en la Emisora de la Capital del Ampurdán) y, por último, Enric Descayre le dedicó un sentido «Requiem» en la revista «Ancora», de Sant Feliu de Guíxols.